

nuevos hombres del espíritu. Es decir, a los filósofos del siglo XX.

Amantes de las más fuertes tensiones y capaces, asimismo, de valorar las realidades del mundo desde la altura de su riqueza vital, tales filósofos no tardan, afortunadamente, en presentarse. En casi todos ellos es posible constatar la presencia del hombre —es decir, son algo más que metodólogos. Viben así sus palabras y vuelven a ejercer influencia sus juicios en el mundo tan vasto de la cultura sin necesidad, igualmente, de constituirse en simples adláteres en la historia o las ciencias.

Entre los filósofos nuestros, hablando con un positivo afán de discriminación, el nombre del Conde Hermann Keyserling merece quedar inscrito con devoción. Nosotros los hispanoamericanos tenemos, al menos, más de un motivo para expresar a este pensador nuestro reconocimiento. Habiéndole tocado a Keyserling latir al unísono con hombres de la categoría intelectual y artística de Henri Bergson, Romain Rolland, André Gide y Paul Valéry en Francia; Freud, Otto Weininger y Stefan George en Austria; Spengler, Max Scheler, Frobenius, Husserl, Hans Driesch, Sombart, Thomas Mann y Albert Einstein en Alemania; David Herbert Lawrence, Wells, Rudyard Kipling, Havelock Ellis, Bernard Shaw y James Joyce en Inglaterra; Unamuno, Ramón y Cajal, Juan Ramón Jiménez y Ortega en España; Jorge Santayana, John Dewey y Waldo Frank en Norteamérica; Nicolás Berdiaeff, Lunarsarky e Igor Stravinsky en Rusia; Rabindranath Tagore y el Gandhi en la India, así como, finalmente, Leopoldo Lugones, José Vasconcelos, Diego Rivera y José Clemente Orozco en Hispanoamérica; habiéndole correspondido a Keyserling, decía, latir al unísono con todos ellos, la obra suya es uno de los grandes testimonios de nuestro siglo, por lo que alude a la filosofía.

Alemán del Báltico, Keyserling ve en ello

una clara señal. Su espíritu es un espíritu poseedor, de hecho, de dos mundos. Dueño en su calidad de europeo, de la más vieja tradición cultural, e hijo de las proximidades de la estepa oriental, él se siente en posesión, realmente, de la visión del más remoto futuro. Y esto, en verdad, traduce su filosofía, obra forjada en el pórtico de los tiempos nuevos pero teñida ya, profundamente, de azulesidades de universalidad...

¿Quién es Keyserling, sin embargo, filosóficamente expresándonos? La historia de la filosofía coloca la figura de nuestro pensador, con ese algo pedantesco de todos los criticismos clasificadores, dentro del movimiento contemporáneo llamada "irracionalismo". Tal irracionalismo pretende, ahora bien, a partir de Bergson, que existen formas de conocimiento que, no obstante haber sido hechas a un lado por la engreidísima inteligencia, deben hoy en día volver a contar. Aunando esfuerzos de comprensión y verdad, el hombre podría así lograr esa síntesis de inteligencia e instinto, intuición y razón cuya conquista marcaría un paso más en la evolución cósmica, señala el propio metafísico francés. Volviendo a Keyserling, cabe decir que otros comentadores nos hacen su presentación insistiendo, sobre todo, en la facilidad keyserliana de comprender formas de vida, ideas y culturas por lejanas u opuestas entre sí que sean; actitud esta imposible en un pensador del tipo antiguo.

Nacido en 1882, Keyserling recibe el espaldarazo de la cultura en diversas Universidades libres de Europa, disciplinándose dentro de las letras francesas, poco antes de iniciar su tarea filosófica, siguiendo así el ejemplo de algunos de los más eminentes escritores germanos quienes, precisamente a través de Francia, han recibido las mejores credenciales de occidentalidad. Surgen de tal suerte, ya en Viena, *La Trama del Mundo*, *Inmortalidad* y *La Filosofía como Arte*. Ya entonces, sin em-

bargo, el eminente Jorge Simmel vaticina al novel pensador que un día alcanzará él a expresar nada menos que un ser. La primera obra plena de personalidad de Keyserling es, sin duda alguna, *El Diario de Viaje de un Filósofo*. En tal libro procura su autor desentrañar el sentido trascendental que palpita en pueblos, razas, culturas, obras y teorías, y el cual integra positivas unanimidades ocultas bajo las diversidades de superficie. Porque la filosofía de Keyserling tiene un carácter marcadamente metafísico.

El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo da la vuelta al planeta, asienta en tal Diario de Viaje el filósofo, dando sentido con ello a sus excursiones por el mundo exterior. "Proteo, dice, debe seguir siendo proteico todo el tiempo que pueda, pues sólo las naturalezas proteicas son aptas para el sacerdocio de la metafísica. Hay que reintegrarse, pues, al mundo físico", concluye. África por el lado de Suez; la India, donde el pensador llega a sentirse un budista; Birmania de paso y la China, pueblo éste donde el meditador semejantemente se empapa en las sutiles y nobles teorías metafísicas del taoísmo sin dejar, por ello, claro está, de estudiar las vigorosas tesis de Confucio. Luego, al final, el Japón de cuyas Islas parte el barco que le reintegra a Europa por el rumbo de América, mundo nuevo cuyo vigor hace exclamar a Keyserling aquello de que el Occidente es a la manera de unas manos activas de la Divinidad. Tales, en síntesis, las líneas de una movilización exterior indispensables, sin embargo, para una maduración interna que, mientras más tiempo logra ser retrasada, más plenamente garantiza una actitud de creación. De esta suerte, a través de mares, puertos, selvas, ciudades y montañas de países exóticos, regresa el filósofo evadido de las Tebaidas en que moraban sus viejos maestros, al seno fecundo de su actividad interior. Pero oigamos unos fragmentos de tal libro maravilloso: "¡Qué falta de imaginación! prorrumpe casi al iniciar el viaje, al advertir la desesperación de sus compañeros de barco ante el excesivo calor en Suez: —En el Norte estos ardores podrían ser peligrosos, toda vez que ahí no serían naturales. El calor, empero, aquí es un elemento necesario del conjunto; su altura absoluta no es demasiado grande; un cuerpo que tenga imaginación debería, pues, alegrarse". Luego, en la misma África escribe, viendo a algunos naturales desde la playa: "¡Qué hermosos son los negros desnudos! Aquí la escultura no tendría sentido. Entre nosotros, europeos, el cuerpo es, generalmente, una masa torpe, inerte; incumbe al artista cincelar en esa materia valores de expresión". Mas ¿qué decir de su estancia en la India, la China y el Japón y la serie de meditaciones, sutiles y graves, en estos escenarios de las más viejas culturas? En el Japón rodearon al viajero —físicamente un gigante— niños asombrados salidos de un bosquecillo. Tal vez la filosofía de Keyserling sea eso tan sólo: la filosofía de un hombre que filosofa desde el vigor y con la audacia mental de un cuerpo de dos metros de altura... Al *Diario de Viaje* le siguen obras como *Renacimiento*, *El Conocimiento Creador*, *Hombres Simbólicos*, *Norteamérica Libertada*, *El Mundo que Nace*, *Europa*, *Del Sufrimiento a la Plenitud* y *Meditaciones Suramericanas* —jira intelectual y artística que remata, seguramente, en *La Vida Intima*, ya que logra perfectamente dar la vuelta al mundo el camino más corto para dar uno consigo mismo, o sea a su más límpida intimidad.

¿Qué podremos decir ahora, en un senti-

Eduardo González Lanuza

(En el Rep. Amer.)

Quienes hayan leído la admirable novela de Huxley, *Time must have a stop*, recordarán, sin duda, aquel silencio "omnipresente, brillante, vivo, bello, más bello que la música de Mozart" de que nos habla el genial novelista. ¿No es un silencio así el que canta en muchos de los más personales nove poemas de Eduardo González Lanuza, el gran poeta argentino? Ya en 1940, en una de las estrofas de su *Puñado de cantares* nos había recordado que "dentro del canto redondo, está el silencio del pájaro".

Como otros de los más significativos valores de la actual generación porteña, González Lanuza integró aquel grupo de la revista *Proa*, inolvidable para todos los que comprendieron la necesidad de una renovación en la literatura argentina. Su primer libro *Prismas*, rico de hallazgos, originalísimo, está impregnado de aquella bizarría expresional que caracterizó el movimiento ultraísta. En tal sentido, esa obra es bien representativa de una época determinada —agregando a ese módulo sus valores netamente líricos. En obras posteriores, González Lanuza supo serenar un poco su vuelo imaginativo, su audacia en las metáforas y en los epítetos, logrando formas más ajustadas, y ello dentro siempre de su inconfundible verdad personal, de su búsqueda de zonas inéditas. No aconteció con él lo que con otros autores, que —por no saber evolucionar con la época— han quedado solamente como

índices de un determinado movimiento estético. González Lanuza, escritor de vasta cultura y de gustos muy depurados, se nos aparecía entonces con esa insatisfacción del verdadero artista, nunca plenamente quietado en su marcha ascensional. Lo veíamos afinando y clarificando día a día su lirismo. Al reunir en un tomo sus *Treinta y tantos poemas*, pudo pensarse en verdad que su puesto era, en la literatura argentina, de primera fila. Y en su máxima creación *Transitable cristal* (1943) se nos apareció el poeta que —a nuestro juicio— es de los más significativos en la actual generación hispanoparlante. Podrá parecer un tanto exagerada esta afirmación, por cuanto acontece que Eduardo González Lanuza, a pesar de haber realizado una obra tan valiosa y continuada, no es precisamente un poeta popular en América. Pero, en última instancia, eso no debe extrañarnos, sino que viene, en cierta manera, a caracterizar su obra, de verdadera poesía. La verdadera poesía es una aristocracia, la única permitida en nuestros días.

Hermanidad sutil e intensa de imaginación y emoción, de gracia y fuerza, de música y de profundidad, la poesía de González Lanuza constituye un mundo de sueños y realidades, una verdad mágica de la más fina espiritualidad.

Gastón FIGUEIRA.

Montevideo, 1948.